

CINE

OBITUARIO Muere a los 81 años el actor neoyorquino Ben Gazzara

El actor fetiche de John Cassavetes padecía un cáncer de páncreas ► 61



SALUD El Carnaval protege contra el Alzheimer

Dos científicos gaditanos sostienen que el uso del ingenio y el humor en las chirigotas ayuda a ejercitar el cerebro y previene esta enfermedad ► 63



laopiniondemurcia.cultura@epi.es

Cultura

**Domingo
5 de febrero
2012**



El arquitecto Emilio Pérez Piñero y Salvador Dalí en París, bajo la Torre Eiffel, en el año 1971. MARC LACROIX/ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN PÉREZ PIÑERO

El arquitecto que soñó con invernaderos en la Luna

► En 2012 se cumplen 40 años del fallecimiento del calasparreño Pérez Piñero ► Entre sus obras, centradas en estructuras desplegables, destaca la cúpula del Museo Dalí ► También recibió un encargo de la NASA

Julia Albaladejo



■ Como cualquier niño, Emilio Pérez Piñero (1935-1972) soñaba un día con ser pintor y al siguiente quería ser obispo o marino mercante... Imaginación nunca le faltó

a este calasparreño –aunque nacido en Valencia– que se fabricaba sus propios juguetes y a quien se compara incluso con Leonardo Da Vinci. Un arquitecto que en solo diez años de carrera –falleció a los 36 años en un accidente de tráfico– cautivó con su genio al magistral Dalí, realizó estructuras que nadie

pudo continuar y fue ‘fichado’ por la NASA para construir un invernadero en la Luna. Pero, paradójicamente, poca gente conoce en la Región a Emilio Pérez Piñero, cuyo nombre no aparece en los libros de texto de los estudiantes junto al de otros reconocidos murcianos.

«Las estructuras desplegables,

que podían ser montadas y desmontadas en poco tiempo y que se transportaban con facilidad», fueron la principal aportación a la arquitectura de Pérez Piñero, según explica su hijo y director de la fundación con sede en Calasparra que difunde la obra del arquitecto, Emilio Pérez Belda, quien apunta que, «al

menos el 50% de sus estructuras están plenamente vigentes; se puede decir que siguen siendo de vanguardia». Además, el funcionamiento de muchas de ellas «sigue siendo inédito» –añade el también arquitecto– porque su trabajo se ha editado poco y aún hay un gran desconocimiento de sus estructuras desde el punto de vista técnico.

El primer gran éxito lo tuvo Emilio Pérez Piñero antes incluso de acabar Arquitectura; una carrera que eligió en parte por su padre, ingeniero militar, quien no terminaba de ver con buenos ojos que estudiara Bellas Artes y le aconsejó que aprovechara su visión espacial y su habilidad con una carrera que aunaba arte y técnica. En 1961, el VI Congreso de la Unión Internacional de Arquitectura había propuesto la construcción de un teatro ambulante, y la estructura desplegable del calasparreño fue considerada por el jurado como «una aportación técnica de primer orden».

Un pabellón transportable de exposiciones, una estructura desmontable para proyectar películas donde no hubiera cine o una cúpula transportable y desplegable desde un helicóptero fueron algunos de sus proyectos, aunque también realizó estructuras fijas como la cúpula del Museo Dalí de Figueras (Gerona). En 1969, Dalí tenía claro que quería una cúpula geodésica en su museo, una cúpula fullerriana –Richard Buckminster Fuller las hizo famosas–, aunque le frenaba el que fuera más caro traer al estadounidense que la propia estructura. Fue entonces, según explica Pérez Belda, cuando informaron a Dalí de que había un joven arquitecto español capaz de hacer esas estructuras –el propio Fuller se lo confirmaría, diciéndole que Pérez Piñero hacía cosas que ni él sabía cómo podía hacer–.

Poco después, el arquitecto calasparreño, que además se encargó él mismo de formar a operarios de su localidad para construir sus estructuras, recibió el encargo más curioso de su carrera: una estructura para crear un invernadero en la Luna. Tras los primeros viajes tripulados al satélite, la NASA «comenzó a analizar las muestras recogidas y vieron que el polvo o tierra lunar hacía crecer las plantas muy rápido, que era muy fértil –relata Pérez Belda–, y tuvieron entonces la idea peregrina de crear un invernadero en la Luna. Buscando estructuras para crear en su interior una atmósfera artificial, dieron con una patente de Pérez Piñero –su amigo y también arquitecto Félix Candela estaba difundiendo en

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE ►

► VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

EE UU– y se entusiasmaron, así que le encargaron una estructura que se abriera cuando el módulo lunar aterrizara en el cráter». El problema, igual que ocurrió después con otro encargo de la Armada norteamericana para una base en la Antártida, es que las cartas «fueron retenidas por los servicios de inteligencia, y cuando Pérez Piñero respondió y mandó su maqueta espacial, llegó tarde y el proyecto se malogró».

Pero al joven arquitecto «los fracasos le afectaban poco». «Posiblemente se sintió frustrado, pero dos días después ya estaba trabajando en otra cosa, porque en esos años tenía muchos proyectos, no podía deprimirse», declara Pérez Belda, y cuenta que su padre, «aunque lo tenía todo bajo control, era bastante anárquico. Trabajaba cuando se le ocurría, podía pensar algo mientras tomaba una cerveza y lo apuntaba en una servilleta».

Fundación en Calasparra

Algunos de esos papeles llenos de inventos se conservan en el archivo de la Fundación Emilio Pérez Piñero (www.perezpinero.org), cuyos fondos, que suman unos 4.000 o 5.000 documentos, se han ampliado notablemente a raíz del fallecimiento, en 2010, del hermano de Pérez Piñero, quien guardaba muchas fotografías, cartas y otros escritos en los que el arquitecto escribía sus reflexiones con una madurez poco común para su edad.

Está previsto que la obra artística del arquitecto –los autorretratos y retratos familiares que realizó siendo aún adolescente– se una a las maquetas que realizaba de sus estructuras, y que se exponen en esta fundación con sede en Calasparra (edificio El Molinico), que fue fundada en 1992, tras la Exposición Universal de Sevilla.

El pabellón de Murcia, diseñado por Vicente Martínez Gadea, se centró en tres ilustres murcianos: Juan de la Cierva –inventor del autogiro–, Isaac Peral –del submarino– y Emilio Pérez Piñero. «Era la primera vez que su obra se recopilaba de una forma más seria, y aprovechando que algunas de sus maquetas se arreglaron se decidió crear la fundación para reunir sus trabajos, explicarlos y difundirlos», recuerda Pérez Belda. Una obra que sin duda merece ser conocida y que es imposible no imaginar hasta dónde podría haber crecido si no hubiera fallecido en ese accidente en julio de 1972. Su hijo, quien confiesa que no piensa mucho en ello –«quizá como autodefensa»–, cuenta que entonces estaba trabajando «muy ilusionado» en sendas cubiertas para la plaza de toros de Lisboa y el velódromo de Anoeta, que no pudo realizarse finalmente porque «ningún arquitecto era capaz de llevarlo a cabo». Hoy en día, seguiría siendo difícil encontrar a alguien.



Retrato de Emilio Pérez Piñero en 1972.

FOTOS GARCÍA/
ARCHIVO FUNDACIÓN



Cubierta de la necrópolis paleocristiana de Tarragona, realizada en 1972. ARCHIVO FUNDACIÓN

ANIVERSARIO

La falta de financiación deja sin actividades el 'Año Pérez Piñero'

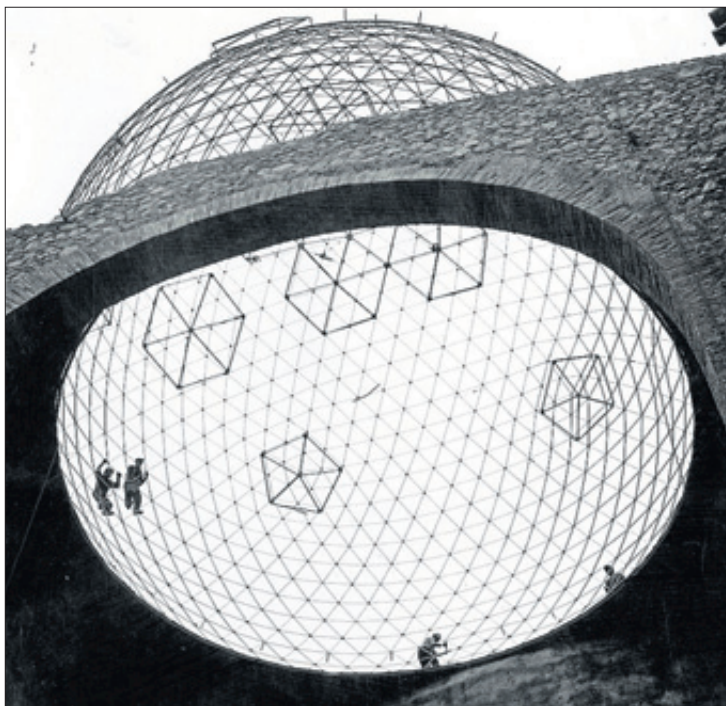
► Desde 2010 llevan los miembros de la Fundación Emilio Pérez Piñero dando vueltas a los actos con los que, en 2012, querían conmemorar el 40 aniversario del fallecimiento del arquitecto calasparreño. Una macroexposición y un libro que aglutinara toda su obra son algunos de los proyectos en los que están trabajando, aunque la crisis los ha dejado de momento –insiste Emilio Pérez Belda, director de la Fundación, en que no tiran la toalla– sin financiación para poder realizarse.

«Hay muchos proyectos, pero cada vez es más difícil sacarlos adelante», explica Pérez Belda, quien comenta que ya habían pensado incluso que 2012 sería «el Año Emilio Pérez Piñero», ya que también se cumple ahora el 50 aniversario de la obtención de su título de Arquitectura.

Y todo ello querían también recordarlo con un cómic histórico, con colaboraciones con la Fundación Dalí y con el III Encuentro Internacional sobre Estructuras Ligeras, que debía reunir a finales de este año en la Universidad Politécnica de Cartagena a los mejores ingenieros que trabajan con este tipo de estructuras.



El hijo de Pérez Piñero y director de la Fundación con sede en Calasparra, Emilio Pérez Belda. JUAN CABALLERO



Cúpula del Museo Dalí de Figueras, en el año 1971. MELI/ARCHIVO FUNDACIÓN



Montaje de un pabellón transportable, en 1964. ARCHIVO FUNDACIÓN

APUNTES



M. Carmen Pérez
Responsable del Archivo
Fundación Pérez Piñero

UN FUTURISTA SIN PRETENDERLO

La arquitectura futurista, en su momento, se caracterizó por romper con la tradición del pasado. La devoción por la máquina y la realidad en movimiento son los principios de su religión. Se plasma en la nueva expresión plástica que rechaza la estética tradicional y ensalza la vida contemporánea para afirmarse en sus dos temas dominantes: la máquina y el movimiento. Esta corriente que nace a principios del siglo XX supone una profunda renovación de las técnicas y artes que sigue vigente hasta el presente. En la década de los 60, en plena Era Espacial y con la irrupción masiva del automóvil, la idea de innovar y desafiar los retos de la tecnología nos hace encuadrar bajo este denominador común algunos de los movimientos más destacados como la corriente neoexpresionista con Saarinen y Utzon, la arquitectura hinchable de Prada Poole, la ciudad modular de Friedman, el movimiento Metabolista en Japón y el grupo londinense Archigram, así como las obras individuales de Fuller y Emilio Pérez Piñero.

Pérez Piñero, sin propósito de encasillarse en ninguna corriente, consigue aunar teoría y técnica en su búsqueda vital por materializar la idea con la máxima economía de medios. Sus investigaciones tienen gran repercusión fuera de España, a pesar de vivir en un país aislado del contexto internacional del momento. Su obra fue todo un hito en el campo de las estructuras estereas desplegables, no solo por la innovación técnica que en parte aún no ha sido superada, sino porque sus diseños tienen una aplicación real a diferencia de otros arquitectos, como Archigram, que realizan una arquitectura meramente experimental, inspirada fundamentalmente en los movimientos sociales y en los cómics, con una narrativa de ficción a través de un proyecto arquitectónico hipotético pensado con la tecnología más desarrollada del momento.

La estética innovadora de los diseños de Pérez Piñero, como el Teatro Ambulante Desplegable premiado por la Unión Internacional de Arquitectos en Londres (1961); la cúpula reticular transportable y desplegable desde un helicóptero, la carpa desmontable y el módulo desplegable automático, encargos del gobierno norteamericano (1969); y, finalmente, la vidriera hipercúbica para cerrar el escenario del Teatro-Museo de Salvador Dalí, sin duda sitúan la obra de Pérez Piñero, aún sin proponérselo, en un lugar sobresaliente de la corriente futurista.